

# HOMILIA PROGRAMÁTICA

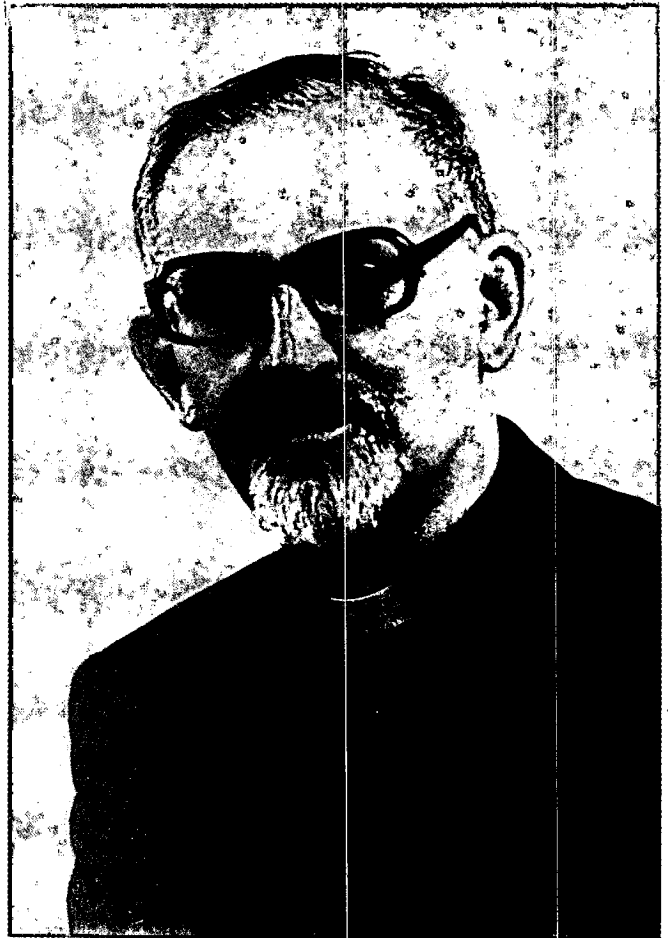
*Durante las deliberaciones de la XXXIIa. Congregación General de la Compañía de Jesús tuvo lugar una Misa conmemorativa del Año Santo de la Redención presidida por el nuevo Superior General P. Peter-Hans Kolvenbach. Presentamos a nuestros lectores el texto de la homilía por él pronunciada en esa ocasión como muestra significativa de su modo de pensar y como complemento o contraste con informaciones que han circulado en nuestro medio. (N. de la R.)*

En esta Eucaristía, que la Congregación General celebra por la reconciliación de todos los hombres de Cristo, el Señor pronuncia sobre nosotros las Bienaventuranzas. Como si ellas solas expresaran el sentido de todo lo que Jesús hizo y dijo, las Bienaventuranzas son el único discurso del Señor que San Ignacio hace meditar y contemplar entre los misterios de la vida del Señor (EE.EE. 278). Retomando esta tradición ignaciana, la última Congregación General invitaba a la Compañía a hacer que el espíritu de las Bienaventuranzas rija todo el servicio de la fe y toda la promoción de la justicia (C.G. 32, D. 4o., No. 33). A la luz de los Ejercicios Espirituales, queremos por unos instantes hacer de las Bienaventuranzas oración.

Para que esta oración sobre las Bienaventuranzas sea verdadera, debe fundarse sobre una comunión de vida y de muerte, a ejemplo del Señor, con los pobres y con los que lloran, con las víctimas de la injusticia y con los que tienen hambre. Quien convierte las Bienaventuranzas en oración, no se queda ya como un simple observador de esa humanidad sufriente. No sólo se hace parte de ella, sino que se descubre responsable de lo que le sucede. A través de todas sus connivencias pecaminosas —de pensamiento, de acción y, sobre todo, de omisión— él forma parte de una humanidad que, según las palabras más que actuales de los Ejercicios, se conduce sobre la tierra como un ciego, y al final, muere para descender al infierno, que el odio del hombre ha creado (EE.EE., 106). La última Congregación General ha resumido con estilo lapidario esta responsabilidad de todos nosotros: “el hombre puede hoy día hacer el mundo más justo, pero no lo quiere de verdad” (C.G. 32; D. 4, No. 27). Y el P. Arrupe añadía: “las desigualdades y las injusticias no pueden seguir siendo consideradas como una fatalidad natural; ellas son el resultado de nuestro egoísmo” (La esperanza no defrauda. Cf. Documentación, No. 38). Únicamente confesándonos y confesando nuestra gran culpa de haber pervertido las Bienaventuranzas para la Vida, escritas en el corazón de cada hombre, en una maldición de muerte, las Bienaventuranzas se encarnarán en nosotros para la reconciliación de todos los hombres.

Esta comunión real con la verdadera historia de los hombres despierta nuestra esperanza de poder “salvar las almas”, descubriendo en ellas el verdadero rostro de Dios, el Cristo clavado en la cruz. Esta epifanía del Señor, benigno y artífice de paz, pobre hasta el extremo y misericordioso hasta el infinito, perseguido y crucificado, nos revela hasta qué profundidad Dios permanece fiel a sus Bienaventuranzas de amor y hasta qué horrores el hombre fomenta la maldición del odio. “Y así viéndolo tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere” (EE.EE., 53). En el fondo de toda miseria e injusticia está siempre este rostro sangrante del Crucificado, pero —misterio de nuestra fe— está también y siempre, por la encarnación de las Bienaventuranzas, el germen de la reconciliación: “Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32).

Esta es la llamada del Rey eterno, nuestra única Bienaventuranza (EE.EE., 91). El Señor ha querido tener necesi-



dad de nosotros para reconciliar a los hombres en su Nombre. Los Ejercicios, al proponer, para seguir al Maestro (EE.EE., 98), la más grande pobreza del discípulo, no imponen ningún modelo fijo ni excluyen ninguna condición de vida o de trabajo dé la posibilidad de ser verdaderamente pobre, artífice de la paz, perseguido por la justicia del Reino. El Rey eterno nos confía hoy la custodia de las Bienaventuranzas, el ministerio de la reconciliación (2 Cor. 5,18), para transfigurar las maldiciones del primer hombre en ciudad de Dios reconciliada con los hombres, que vive del don y del perdón. Solamente en la medida en que nosotros vivamos esta consagración al Reino en una comunión por los pobres y con los pobres contra toda pobreza humana, material y espiritual, al pobre se le abre el camino del Reino. De ninguna manera los pobres son dichosos de ser miserables, ni tampoco los perseguidos son dichosos de estar oprimidos. Las Bienaventuranzas no nos autorizan a canonizar la desgracia ni a resignarnos a la miseria humana. Las Bienaventuranzas no podrán ser anunciadas ni entendidas, y hoy menos que

## Peter-Hans Kolvenbach

Por el ambiente de tensiones internas y externas en el que se reunió la XXXIII. Congregación General de la Compañía de Jesús a muchos les pareció extraño que el nuevo Superior General, Peter-Hans Kolvenbach, resultase elegido en el primer escrutinio. Podía interpretarse como una imposición externa o como un extraño acuerdo logrado después de recibir informaciones confidenciales. En realidad fue una elección hecha muy tranquilamente sin directa presión del Vaticano o del Delegado Pontificio y sin manejar datos que se ocultan a los que no participaron en la reunión.

El análisis de la situación de los jesuitas dispersos por el mundo y la fuerte experiencia que supuso para toda la Compañía la extraordinaria medida tomada por Juan Pablo II de nombrar un Delegado suyo para el gobierno de la Orden por dos años y medio, crearon un clima en el que se le daba una especial importancia a la necesidad de volver a la normalidad en la marcha cotidiana del gobierno jesuítico. Cundió también la idea de que la mejor manera de lograr esa vuelta a la normalidad en continuidad con las opciones hechas en esta etapa postconciliar era elegir un Preósito General oxigenado con un equipo de Asisten-

tes Generales fresco con el convencimiento de que la línea de las Congregaciones Generales precedentes eran ya carne y sangre en el cuerpo de la Compañía.

Peter-Hans Kolvenbach llena las expectativas que se crearon: un jesuita penetrado del Espíritu de Jesús bebido en la ignaciana fuente de los Ejercicios Espirituales, capaz de tomar decisiones desde la perspectiva del Evangelio, con amplia experiencia en el tipo de gobierno típico de la Compañía que pone en primer lugar la confianza en la persona y en el conocimiento de sus deseos y capacidades. Además, proveniente de una de las zonas del mundo más complejas políticamente, ricas culturalmente y pluralista eclesial y religiosamente.

Sobre su persona y forma de pensar se han publicado versiones contradictorias. La razón fundamental de su elección es que se encontró en él a un jesuita de gran autoridad moral enraizado en el mundo de hoy capaz de entender los "signos de los tiempos", comprometido en la fe en Jesucristo que hace justicia en el amor, y capaz de animar a sus hermanos en la misión que ha recibido hoy la Compañía en la Iglesia.

nunca, como algo que está en favor de la reconciliación de los hombres, si ellas no se encarnan, a ejemplo del Señor, en la vida concreta y en la acción de todos los días al servicio de los hombres, sus hermanos, donde se desenvuelve su vida y su muerte, su esperanza y su porvenir, "pacificando con la sangre de su Cruz" (Col. 1,20).

Esta Eucaristía es pues una elección de amor en el sentido ignaciano: unirse a la cena del Señor (1 Cor. 11,20), de

donde hoy nadie sale con hambre, porque recibe el Pan de Vida (Jn. 6), como el pan de que tenemos necesidad cada día (Lc. 11,3). Participando en esta Eucaristía, nos consagramos al misterio pascual que viven los pobres del Señor, los artifices de paz, los misericordiosos y los mansos según su corazón, los perseguidos y oprimidos por su Nombre, hasta que El venga a reconciliar una tierra nueva y un mundo nuevo en la única Bienaventuranza.

## LA HORA DEL MEDIODIA EN AMERICA LATINA

Carlos Fuentes

*En nuestras páginas (enero 1983) recogimos el discurso que pronunció García Márquez al recibir el premio Nóbel. También lo hicieron muchas otras revistas latinoamericanas. Es que lo sentimos como un hermoso canto a la vida brotado desde las mismas entrañas desgarradas de nuestra historia doliente. No frases bonitas sino la hermosura real de nuestra esperanza. Hoy traemos a nuestra revista el discurso que pronunció otro narrador, Carlos Fuentes, en agosto pasado en la ceremonia de graduación de la Universidad de Harvard. Es la palabra de un latinoamericano a los norteamericanos de los EE.UU., la palabra de un mexicano a sus vecinos del norte, la palabra de un hombre de palabra: un novelista. Como la de García Márquez, está cargada de vida y de amor y es una palabra solidaria; por eso es una palabra de peso. Pero el peso no se deja caer sobre el auditorio como una bomba sino que se tiende como un puente firmísimo porque descansa en su extremada razonabilidad. No es la tesis que se impone ni la argucia que busca enredar en su tela de araña. Es la pura luz que se propone desarmada buscando lo mejor del otro. Es espíritu que suscita espíritu. Espíritu es aquí la conjunción del compromiso neto con la exquisita matización, la llamada al poder creador de la imaginación y el tomar en cuenta al otro. Palabras así, tan carentes de arrogancia y absolutización, dan cumplimiento a la profecía de su compatriota: "Por mi raza hablará el espíritu", una voz más genuinamente latinoamericana que los ruidos (gallardos por otra parte) de los "mil cachorros sueltos del León Español".*

*El original del discurso está en inglés. La traducción que ofrecemos no es del propio autor, pero aún así se trasluce lo que indicamos y nos hasta para agradecer a nuestro hermano mexicano. (N. de la R.)*